

Sin novedad

JULIÁN SANTAMARÍA*

LA VANGUARDIA, 16.05.10

Cuando sólo faltan seis meses, tres de ellos de verano, es poco probable, aunque no imposible, que se adelanten las elecciones catalanas. En cualquier caso, no es mucho tiempo para invertir la situación actual, muy semejante a la de encuestas anteriores que vienen definiendo tendencias muy favorables a CiU, salvo que se produjeran acontecimientos de excepcional importancia. Por eso, esas elecciones autonómicas podrían ser normales, con pérdidas y ganancias moderadas de acuerdo con las pautas históricas, o excepcionales si la vida política catalana se viera afectada por algún hecho de especial relevancia que pudiera provocar un vuelco en las urnas respecto de las expectativas actuales.

V. O'Key, uno de los más prestigiosos politólogos americanos de los años cincuenta, distinguía un tercer tipo de elecciones, que él llamó críticas. En ellas no sólo se produce un vuelco, sino que los resultados tienden a mantenerse en el tiempo porque son el producto de cambios persistentes que se han ido generando poco a poco hasta que cualquier circunstancia, actuando como catalizador, precipita esa tendencia al realineamiento de las preferencias de los electores, que dejan de identificarse con un partido para identificarse con otro. Pero los años cincuenta, eran tiempos de lealtades muy firmes y estables, por lo que el salto de un partido a otro suponía una transferencia duradera de las fidelidades electorales.

La situación ha cambiado profundamente desde entonces. Los electores no guardan la misma lealtad que antes a sus partidos, se sienten menos

identificados con ellos, están, por tanto, más abiertos a cambiar de voto, y la velocidad y amplitud de las comunicaciones les estimulan a ello en periodos de tiempo más cortos.

Ahora disponemos, además, de una herramienta, como la encuesta, que nos permite detectar las líneas de tendencia que se van conformando a lo largo de una legislatura, aunque la mayor disponibilidad de los ciudadanos para votar a un partido u otro hace más difícil pronosticar si esas tendencias se mantendrán luego de forma duradera o estarán sujetas a la ley de la erosión permanente.

Lo que se observa hoy en Catalunya son dos cosas: la primera, que la fragmentación de las fuerzas nacionalistas desde el año 2003 en beneficio de Esquerra Republicana de Catalunya ha sufrido un profundo desgaste que favorece claramente a CiU, su principal competidor en ese segmento del electorado; la segunda, que los esfuerzos de José Montilla por mantener la unidad del tripartito, aun siendo en parte reconocidos por los catalanes, que lo siguen valorando mejor que a su partido, no han conseguido trasladar la imagen de un auténtico gobierno de coalición, por lo que el electorado del PSC se deshilacha en todas las direcciones mientras sólo el socio minoritario, es decir ICV, resiste los tirones de un lado y de otro y el PP se mantiene con ligera tendencia alcista.

Esos indicios aparecían ya con mucha claridad desde hacía tiempo. Al igual que el paro y la inmigración continúan siendo los dos problemas que encabezan el ranking de preocupaciones de los catalanes, siguen aumentando también quienes consideran que CiU está en mejores condiciones que el actual Govern tripartito para afrontar los problemas de Catalunya y quienes entienden que Mas está mejor situado que

Montilla para salir de la crisis. Y aunque ligeramente, crece también la popularidad de aquel y disminuye la de este, todo lo cual es coherente con la creencia de que Artur Mas ganará las elecciones y con el deseo mayoritario de que las gane. El tiempo de reacción del Govern se va agotando a medida que el paso de los meses afianza la tendencia.

Tal vez sean injustas muchas de las críticas que se han dirigido al tripartito, como sería injusto no reconocer la importancia de su gestión en algunos campos esenciales, o sus éxitos en la negociación del sistema de financiación. Y tampoco cabe ignorar las dificultades generadas por la crisis económica o las que ha venido añadiendo la incertidumbre derivada de los aplazamientos de la sentencia sobre el Estatut o los sucesivos rumores acerca de su posible contenido. Pero el hecho es que la valoración del tripartito sigue siendo muy negativa, el deseo de un cambio político se mantiene en niveles muy altos y alcanza, aunque seguramente por razones distintas, a los electorados de todos los partidos.

Esto merecería una reflexión sobre las dificultades casi insalvables con que tropiezan en España y en Catalunya los gobiernos de coalición, la norma en Europa, a la que acaba de sumarse el Reino Unido. La dejo aplazada, limitándome a apuntar la complejidad que introduce la competición interpartidista en las dos dimensiones identitaria e ideológica.

Lo que parece claro es que, si la situación no cambia de aquí a las elecciones autonómicas catalanas, lo más probable es que el nacionalismo se reagrupe de nuevo en torno a CiU. Que sea o no de forma duradera dependerá de sus estrategias y las de sus competidores.

En todo caso, con los datos actuales es muy probable que Convergència i Unió pueda elegir socio de gobierno o incluso gobernar solo.

El hecho de que esa posibilidad se perciba en Catalunya confiadamente y sin dramatismo marca una importantísima diferencia con el resto de España, donde si es cierto que la popularidad de Rodríguez Zapatero y la de su Gobierno han experimentado un grave deterioro a consecuencia de la crisis y de la forma en que se ha gestionado, otro tanto ha ocurrido a Mariano Rajoy y al Partido Popular, atrapados en los embrollos del caso Gürtel y en su negativa a colaborar en la lucha contra la crisis.

*J. SANTAMARÍA OSSORIO, catedrático de Ciencia Política de la UCM y presidente del Instituto Noxa Consulting